

se oiga en todas partes, la verdad, toda la verdad sobre la Iglesia católica.

Desearía que el Sr. Presidente me concediera algunos minutos, si la Cámara lo permite, para descansar y concluir luego brevemente.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cantero): Se suspende la sesión por un cuarto de hora para proporcionar descanso al orador.

Eran las cinco y cuarto.

---

Abierta de nuevo á las cinco y treinta y cinco, dijo:

El Sr. VICEPRESIDENTE (Cantero): Sr. Castelar, sírvase V. S. continuar en el uso de la palabra.

El Sr. CASTELAR: Agradezco, Sres. Diputados, la benevolencia que la Cámara me ha dispensado permitiéndome descansar algunos momentos en esta larga, en esta empeñada batalla que nosotros sostenemos por aquello que el hombre ama más que su vida: por nuestros principios.

La verdad es, señores, que yo he notado un fenómeno especialísimo en la nación española. Yo he notado, lo digo á propósito de la cuestión religiosa que vamos á tratar aquí, para cerrar este discurso, cuya última parte será muy breve, yo he notado que la nación española es un pueblo de héroes, un pueblo de un gran valor material, un pueblo en

que acaso este valor material no tiene rival; y sin embargo, en la nación española, en nuestros disturbios políticos, en nuestras luchas políticas, en nuestras grandes controversias aquí y fuera de aquí, he notado que á este gran valor material que nos hace indudablemente un pueblo tan fuerte, un pueblo tan enérgico como el pueblo de los Estados Unidos, no va hermanado de ninguna suerte ese gran valor moral que permite morir por las ideas, que permite no ver el peligro en las grandes catástrofes, y que permite empujar las sociedades y las revoluciones á su seguro puerto.

Señores Diputados: ¿comprendéis nada que se pueda comparar en el mundo á nuestros valientes generales? ¿Y comprendéis, sin embargo, cuánta debilidad han tenido casi todos ellos en política? Ha muerto uno de los más ilustres que se sentaban en aquel banco (*señalando al ministerial*); ha muerto el general O'Donnell, y nosotros aquí, amigos y enemigos, podemos rendir un tributo de justicia á su mérito. Yo no he conocido un hombre que tuviese tantas prendas de valor material, y sin embargo, era asombroso: aquel hombre de tantas prendas de valor material, jamás tenía el valor moral que se necesitaba para decir la verdad á la Reina y para guiarla por el camino en que acaso todavía se hubiera podido salvar el trono y con él los elementos conservadores de un trono bien cimentado. Yo he hecho por mí esta observación: ¿de qué depende

que la nación más valiente del mundo, de qué depende que el pueblo más valiente del mundo no tenga este gran valor moral, cuya falta es indudablemente lo característico, es el signo de nuestros partidos, es el signo de nuestros hombres públicos, es el signo de nuestras asociaciones, es un signo general?

Y buscando la clave de este estado moral no he podido encontrarla, no la he encontrado sino en la cuestión religiosa: y la cuestión religiosa era la cuestión que yo iba á tratar y trataré brevemente, porque comprendo que está muy fatigado el espíritu de la Cámara.

Ahora bien, Sres. Diputados: ¿cómo hemos nacido todos? ¿Cómo hemos venido todos al mundo? ¿Cómo vivimos todos? Hemos nacido bajo la influencia de una religión que ninguno de nosotros ha elegido: la aceptamos más tarde; la aceptamos por sentimiento, la aceptamos por nuestra familia, por nuestros hermanos, por nuestras madres; no nos atrevemos á descubrir en nuestra casa el fondo de nuestra conciencia, no nos atrevemos ni siquiera á quebrantar ese precepto de la Iglesia que nos prohíbe, por ejemplo, comer carne en viernes. Pues bien, señores: la verdad es que la Iglesia católica, y siento mucho que los Sres. Prelados no se encuentren presentes, porque me dirigiría á ellos y les diría aquí, á la faz del país y de la Europa: creo que esta es la consecuencia del estado religioso y de la

crisis religiosa que atraviesa mi patria. Afortunadamente me acaban de decir que está aquí el Sr. Manteola. Bien, Sres. Diputados; comprendéis en qué situación tan extraordinaria se encuentra hoy la Iglesia católica, y comprendéis también cuán extrañas son las concesiones que á la Iglesia ha hecho la comisión. No hay un principio, absolutamente ninguno, que constituya la ciencia, aunque sea la base del derecho moderno, que no haya sido maldecido por la Iglesia católica; la Iglesia católica maldijo la reforma, y sin embargo, la reforma es hoy la base del derecho político en casi todo el mundo; la Iglesia maldijo también el sistema político de Inglaterra, y sin embargo, este sistema es la gran escuela, la gran enseñanza en que todos los hombres eminentes de Europa aprenden hoy los rudimentos y las prácticas constitucionales; la Iglesia maldijo la ciencia, toda la ciencia filosófica, y sin embargo, esta ciencia filosófica, que es el método de Descartes, que son los Tratados de Kant, la gran síntesis de Hegel y las armonías de Krausse, es la ciencia que consultamos, y que leemos hoy más que la Biblia y que el Evangelio.

Pero ¿se han exceptuado, Sres. Diputados, de este anatema de la Iglesia los pueblos católicos? No se han exceptuado: la Iglesia ha maldecido la Revolución francesa, porque en la Revolución francesa, en medio de las grandes catástrofes, que son siempre la expresión de una nueva idea, se predicaban estos

tres grandes principios: *Igualdad, fraternidad, libertad.*

La Iglesia vió nacer en su seno y amamantó á sus pechos la nacionalidad belga. La nacionalidad belga, la Constitución belga, la independencia belga, nacieron en contradicción con un pueblo protestante. ¿Qué debía haber hecho la Iglesia? Debió haber bendecido aquel pueblo. ¿Qué es lo que hizo la Iglesia? Maldijo la Constitución belga.

Y lo que hizo en Bélgica lo ha hecho también en Italia. ¿Compréndese algún principio más grande, algún principio que os haya apasionado tanto como el principio de la independencia italiana? Pues, sin embargo, este principio ha nacido bajo el anatema y bajo las maldiciones de la Iglesia. Hoy el Papa se encuentra en Roma protegido por los franceses, protegido por el César, y con menos predominio sobre la conciencia de los italianos que el predominio que tiene sobre la tierra de Italia.

Decía ayer el Sr. Gil Sanz que la Iglesia española había sido siempre liberal. Pues ¿quién conspiró más del 20 al 23? ¿Qué tuvisteis necesidad de hacer, vosotros los doctrinarios y los parlamentarios, vosotros los hombres de la clase media? Os visteis precisados á suprimir las comunidades religiosas.

No ha nacido una Constitución, no ha habido un progreso, no ha habido una reforma que no naciera bajo los terribles anatemas de la Iglesia, y esto ha

ocurrido y ocurrirá siempre en el mundo. Los seres sociales se diferencian de los seres naturales en que éstos, como hijos naturales, nacen bajo las maldiciones de sus padres. La sinagoga nació bajo las maldiciones de los sacerdotes de Asiria y de Egipto, y la Iglesia nació bajo las maldiciones de la sinagoga. El protestantismo nació bajo las maldiciones de la Iglesia, y la moderna filosofía y la moderna democracia han nacido bajo las maldiciones de todos los cultos.

Esta grande crisis, esta crisis moral sería espantosa si no tuviéramos un principio, un gran principio inspirado en el derecho moderno, el principio de la independencia moral, ese principio de que todos los hombres pueden ser honrados, cualquiera que sea su culto, cualquiera que sea su filosofía y creencias, con tal que todos los hombres practiquen los principios de eterna moral que están grabados en el fondo de la conciencia humana. Así es que ayer me extrañaba mucho que un hombre de agudo ingenio, de penetrante inteligencia, de habilidad parlamentaria, como el Sr. Posada Herrera, recogiese la palabra de mi amigo el Sr. Figueras, cuando decía «que en España eran tratados moralmente como perdidos, eran tratados socialmente como extranjeros aquellos que disentían por su bien ó por su mal del culto católico.» Verdad es que nosotros hemos muerto, que hemos muerto para el mundo á causa de la intolerancia religiosa.

Esta mañana se quejaba conmigo en el salón de conferencias el Sr. Posada Herrera de nuestra pobreza, de nuestra miseria, de nuestra falta de trabajo, de que no tenemos los caminos que necesitamos, de que carecemos de canales, apenas existe el comercio y la industria es casi nula. Cuando buscamos la causa de todo esto la encontramos, Sr. Posada Herrera, en la conducta de la Iglesia y en la intolerancia de la Iglesia. Somos un gran cadáver que se extiende desde los Pirineos hasta el mar de Cádiz, porque nos hemos sacrificado en aras del catolicismo.

Acordaos de la Edad Media, en la que el principio de tolerancia religiosa reinaba imperfectamente, pero reinaba al cabo en nuestro suelo. Acordaos de aquellas ciudades, de las cuales aun nos da alguna muestra la imperial Toledo. Junto á la catedral gótica, magnífica catedral que no os quiero describir aquí ciertamente, porque huyo de las flores retóricas; junto á la catedral gótica, la sinagoga; junto á la sinagoga, la mezquita de los mudéjares; junto á la mezquita de los mudéjares, el barrio de los judíos, y sobre todo esto se extendía (según la expresión de un gran poeta), como extiende sus alas la gallina sobre sus polluelos, se extendía la Iglesia católica, que no por eso se creía menos segura de la conciencia de sus hijos.

¿Y sabéis, Sres. Diputados, qué hicieron los católicos al finalizar la Edad Media? En el arrabal de

Santiago de la ciudad de Toledo se conserva un púlpito en el que estuvo San Vicente Ferrer predicando, y según la tradición, de resultas de aquel sermón, que también hay demagogos católicos, de resultas de aquel sermón, digo, degollaron los habitantes de Toledo innumerables judíos. Yo creía que como santo, hubiera más bien resucitado á 3.000 muertos. Pero creo que hombres que arrancan la vida por fanatismo en un discurso á 3.000 de sus semejantes, no merecen más que un anatema de la Historia.

Todavía recuerdo una tarde en que yo fui en Roma á visitar el Monte Aventino; yo, desterrado por republicano, iba á visitar la fuente del derecho civil, la fuente de la República. El que me conducía, me decía con aquella especie de ironía que los guías de Roma usan contra el Papa: «Va Vd. á visitar el Monte Aventino, y no encontrará más que conventos.» En efecto, entré en la Iglesia, no había ni siquiera nada artístico, cosa extraña en Roma, y al salir me encontré un zuavo francés á la misma puerta, que me dijo: «¿Viene Vd. de París?» porque me oyó á mí hablar en francés, aunque lo hablo mal. «Qué mal hace Vd. en abandonar aquella ciudad por ésta.» Le pregunté yo: «¿Esto es cuerpo de guardia?» «Es un convento, me dijo; pero venimos aquí, porque los frailes temen que venga Garibaldi por los aires.» Y entonces me invitó á que fuera á una gran terraza desde donde se descubría la vista sublime de

Roma, la ciudad de los dioses caídos y de las ideas muertas. Pues bien: entré, me condujo un fraile, y me dice: «¿Es Vd. francés?» «No, le dije, soy español.» «Pues entonces va Vd. á tener grandes recuerdos: bajo ese árbol se sentaba el fundador de la Inquisición, Santo Domingo: vea Vd. esa sala: aquí estuvieron Carlos IV, Godoy y María Luisa.» ¡Qué recuerdos de la gran España en la ciudad de los recuerdos!

Señores Diputados, esto nos ha dado la antipatía que á pesar de nuestro carácter hay contra nosotros en Europa. El holandés dice: «Ese español se opuso á nuestra independencia»; el belga enseña el cadalso en que Felipe II mató á los que le habían ganado grandes batallas: el inglés dice: «Imaginaos que la armada invencible hubiera podido dominar en el mundo, ¿qué hubiera sido de la Holanda? ¿Qué hubiera sido de Inglaterra? ¿Qué hubiera sido del progreso? ¿Dónde hubiera ido á buscar un refugio la conciencia?»

¡Oh! No hay nada más espantoso, más abominable que aquel inmenso imperio español que era un sudario extendido sobre el planeta.

Pues bien, Sres. Diputados, no tenemos agricultura porque arrojamos á los moriscos, á aquellos que habían hecho los tres paraísos de nuestra patria, la huerta de Murcia, la huerta de Granada y la huerta de Valencia.

No tenemos industria porque arrojamos á los ju-

díos que habían enseñado á leer á Alfonso X, que le habían dictado con los árabes las Tablas Alfonsinas, que es el monumento más grande de la Edad Media.

No tenemos ciencia: somos un miembro atrofiado de la ciencia moderna. ¿Hemos acaso descubierto el sistema de Descartes? ¿Hemos escrito el tratado de Laplace? ¿Hemos descubierto una nueva idea en la conciencia ni un nuevo planeta en el cielo?

No, no lo hemos descubierto, cuando á principios del siglo xvi eramos la antorcha de la civilización. Acordaos de aquel gran movimiento científico. Se decía que Servet había descubierto la circulación de la sangre; se decía que Blasco de Garay había descubierto, si no el vapor, al menos una máquina que se le parecía; se decía que Luis Vives podía parangonarse con los iniciadores del gran movimiento científico en Alemania é Inglaterra.

Pero, señores, encendimos las hogueras de la Inquisición, arrojamos á ellas nuestros pensadores, los quemamos, y después ya no hubo de las ciencias en España más que un montón de cenizas.

¿Y cuál es hoy nuestro estado? Notad, Sres. Diputados, notad bien: la Iglesia no nos ha perdonado, la Iglesia no nos perdonará nunca todo cuanto hemos hecho á favor del pueblo español. En vano los hombres de 1812 escribieron aquel artículo que entregaba nuestra conciencia al catolicismo: en vano los hombres de 1837 hicieron lo mismo, y si lo modificaron,

lo modificaron ligeramente. En vano en 1856 tuvimos una complacencia servil con la intolerancia religiosa; siempre en vano. Vivimos, nos desarrollamos, morimos bajo los anatemas de la Iglesia, que no quiere nada con nuestra política.

Señores, en medio de esta situación, ¿de qué se trata? Se cree que es indispensable entregar á la Iglesia un presupuesto, entregarla 200 millones. Pues yo os digo que el presupuesto de la Iglesia será el presupuesto de la facción.

Así es que no hay más que un medio, una solución, la idea verdaderamente revolucionaria, y este medio, esta solución, vosotros debíais haberla presentado; no hay más medio, no hay más solución que separar completamente y para siempre la Iglesia del Estado, negar para siempre el presupuesto del clero.

Señores, hay estas relaciones entre la Iglesia y el Estado: ó la Iglesia predomina sobre el Estado, lo cual crea la forma teocrática, la forma de Roma, ó el Estado predomina sobre la Iglesia, lo cual trae la autocracia de la ciudad de Constantinopla, que sufrió por sus abominaciones el justo castigo de la cimitarra de los turcos; ó la Iglesia establece relaciones por los concordatos que, como vosotros sabéis porque los habéis redactado y practicado, producen la infinidad de dificultades y obstáculos que tienen los contratos con la Iglesia.

En los períodos conservadores, la Iglesia se apo-

dera del Estado, entra en la cámara de los Reyes, embruja á la Reina, hechiza al Rey; y así veis la historia tan terrible, que no pueden olvidar los esclavos de Sor Patrocinio. Señores, cuando esto sucede, cuando esto pasa, el Papa está tan ignorante de las leyes de la moral, que da el distintivo de la moral, que se llama la *Rosa de oro*, á una que había sido rechazada por la conciencia del pueblo.

Señores, después de esto, cuando predominan los principios liberales, el estado de la Iglesia es lamentable; se la obliga, como se la ha obligado en algunas provincias á la Iglesia, á cantar un *Te Deum* por el triunfo de la Revolución, es decir, por la derrota de sus principios.

Esto no es justo, esto no es honroso, esto no es digno. Es necesario, es indispensable que este estado cese por completo en España; es necesario, es indispensable separar la Iglesia del Estado.

Yo no me equivoco sobre la situación de vuestro ánimo; yo digo que hay muchos caracteres independientes, muchos caracteres varoniles, muchos caracteres filosóficos que no necesitan para nada del sentimiento religioso, que no necesitan de la idea religiosa para fundar la moral; pero esto no sucede en todos los caracteres; hay muchos, hay familias enteras, hay hombres, hay mujeres, hay organizaciones nerviosas, hay espíritus inquietos, hay almas místicas que creen que la religión protege con sus alas la infancia, que guía al niño á la escuela, que convierte

el hogar en templo, la vida en un sacerdocio, y que cuando tenemos los días contados, hace que levantemos nuestro espíritu á un mundo mejor, y que pensemos en la verdad absoluta y elevemos nuestra inteligencia al amor infinito.

Pero, Sres. Diputados, todo esto es respetable, respetabilísimo; nosotros no tenemos derecho á combatirlo, nosotros no tenemos derecho á negarlo: y si yo reconvengo á la Iglesia por lo que ha hecho en la revolución de Septiembre, yo reconvengo también á la revolución de Septiembre por lo que ha hecho con la Iglesia. Yo hubiera querido que hubiésemos atravesado ese peligro más; nosotros, los hombres de grandes peligros; nosotros, los audaces navegantes que no temen la borrasca, nosotros hubiésemos defendido la Iglesia con sus asociaciones, con su libertad completa, con sus frailes, con sus jesuitas; pero con una sola condición, con la condición de que no la hubiéramos de dar un cuarto del presupuesto.

Yo sé que algunos liberales regalistas me dicen: «entonces la Iglesia se apodera de nosotros; el presupuesto es el único medio que tenemos para dominarla.» ¿Y la domináis? ¿La habéis dominado vosotros alguna vez? En la última Semana Santa se habrán pronunciado más de 20.000 discursos en toda España llamando condenados al infierno á todos los diputados constituyentes, incluso los que han aceptado los poderes, incluso los absolutistas, incluso los neocatólicos; esos están condenados por estar

aquí. Los obispos se exceptúan, porque los obispos tienen bula del Papa. (*Risas.*)

Señores Diputados, comparad el pueblo en que la Iglesia está separada del Estado; comparad el pueblo de los Estados Unidos con el pueblo ruso; los dos polos de la sociedad en este punto. El pueblo de los Estados Unidos es un pueblo moral; él ha dado un millón de hombres para salvar los negros, y detrás de ese millón de hombres iba otro millón de hermanas de la caridad.

Comparad el estado de ese pueblo con el estado de Rusia, en donde el Emperador es el jefe de la Iglesia, el Papa y el Rey al mismo tiempo.

Y allí está, junto al Papa-rey el clero blanco, el clero aristocrático, que no sabe más que oprimir, que no sabe más que degradar, que no sabe más que envilecer, como el antiguo clero de Constantinopla: abajo un clero ignorante de frailes, el cual apenas sabe recitar la salmodia de su ritual, y apenas sabe mover los dos incensarios de oro; y luego, en el fondo del abismo donde se pierden las generaciones, un pueblo embrutecido, un pueblo lleno de sectas, un pueblo dividido, en el cual unos adoran al sensualismo ó á una especie de becerro de oro, en el cual otros creen que el hombre es una sombra y que debe desvanecerse, y hay muchas sectas que al llegar á los veintiséis años se inmolan en aras de un dios desconocido. Tal es la situación del pueblo donde la Iglesia está unida al Estado; tal es la situación del

pueblo donde la Iglesia es independiente del Estado.

¿Y cuál es nuestra situación? Decís que el pueblo no está educado. ¿Pues no ha tenido por espacio de quince siglos la educación de la Iglesia? ¿No ha tenido por espacio de quince siglos al cura, que le ha enseñado la única moral, la única filosofía, la única metafísica, la única política? Las clases medias toman hoy la Iglesia, señores, no como una fuente en la cual van á beber las grandes lecciones de la moral: la toman porque algunos imprudentes les han dicho que la Revolución va á acabar con sus propiedades: la toman como los romanos tomaban al dios Término; como nosotros aquí el guardia civil para guardar las propiedades.

Los hombres de Estado, en su mayor parte no creen, y pagan á la Iglesia y sostienen á la Iglesia solamente como un elemento de conservación del orden. El clero bajo se preocupa mucho del culto y poco de la moral; el clero alto practica mucho la política y poco la religión. Y en esta situación extraordinaria necesitamos una gran libertad religiosa, necesitamos la separación de la Iglesia y del Estado. Y para conseguir esto no sirve vuestra base, porque vuestra base es la continuación de la antigua hipocresía; vuestra base es medrosa, vuestra base es el mayor de los desengaños que hemos sufrido después de la revolución de Septiembre.

Señores Diputados, ya no puede ser. Hoy se verifica en el mundo uno de los espectáculos más mara-

villosos que se han visto; es necesario que nosotros, que somos Parlamento, nos elevemos en espíritu hasta el gran Parlamento, dándole un voto de gracias (porque hay en España muchos católicos) á aquella nación que, siendo en su mayoría protestante, defiende los derechos de los católicos. Sres. Diputados, ya no es el tribuno religioso, ya no es el orador que lleva á la Cámara de los Comunes los poderes de un pueblo esclavo, es Bright, el primer orador, es Gladstone, el primer hombre de Estado, son sajones, son normandos, los cuales, á pesar de ser poco aptos para los principios metafísicos, han comprendido que no hay injusticia mayor, que no hay calamidad mayor, que no hay desgracia mayor que obligar á un pueblo católico á que pague una iglesia protestante.

Señores Diputados, en la última sesión de la Cámara de los Comunes, la enmienda de Gladstone sobre la Iglesia de Irlanda ha tenido 118 votos de mayoría, 118 votos que salvan á los católicos, 118 votos que destruyen una Iglesia protestante, la cual ha sido el secreto de la gloria de Inglaterra; 118 votos que matan una aristocracia teocrática, 118 votos que escribirá el porvenir en letras de oro, porque son la honra, la dignidad y la gloria de nuestro siglo. Y bien, Sres. Diputados, yo os pido á vosotros lo mismo; vosotros sois una raza esencialmente artística, y por lo mismo veis claras las ideas y sus relaciones, y viendo claras las ideas y sus relaciones, no podéis



menos de aceptar el grande ejemplo que hoy nos da la Inglaterra, y de decir también que no hay derecho á sacar del bolsillo del contribuyente, ora sea protestante, ora sea filósofo, ora panteísta, ora ateo, dinero para pagar una Iglesia con la cual no está conforme su conciencia.

Y dejo, Sres. Diputados, este asunto, para pasar brevemente, porque he molestado la atención de la Cámara, y llevaré siempre en mi corazón impresa la indulgente atención con que há escuchado mis palabras, aunque muchas veces haya herido sus creencias y sus ideas. Ahora bien, Sres. Diputados, pasemos, para acabar esta larga discusión, por cuyas inmensas dimensiones yo os pido al final perdón, á tratar brevísimamente la cuestión monárquica, brevisísimamente, no la he tratado todavía. Diré poco, en razón á que grandes oradores de esta Cámara muy superiores á mí se encargarán de tratar hasta el fondo esta gran cuestión.

Señores Diputados: la principal razón que se invoca para sostener la monarquía es la estabilidad que lleva consigo la herencia. Pero la herencia en el trono es un fenómeno que ya en el mundo moderno apenas se repite. La herencia, si era la estabilidad antes, hoy es una estabilidad ilusoria. Y cuando desapareció, ¿sabéis lo que desapareció en el mundo? Desapareció para siempre el principio hereditario de la corona, desapareció para siempre. Ninguno, absolutamente ninguno de los príncipes que luego han

heredado la corona de Francia, ninguno ha podido legársela á su heredero. El rey de Roma murió, como Luis XVII, bajo el dominio del zapatero Simón, bajo el tormento de los reyes en venganza de haber manchado la púrpura de sus antecesores. El Duque de Burdeos está errante por el mundo: el conde de París está también errante por el mundo. ¿Y tenéis seguridad de que ha de heredar el hijo de Napoleón la corona de su padre? ¿Qué significa la decadencia de tanta dinastía? ¿Qué significa D. Carlos de Este, y D. Alfonso de Borbón en París? ¿Qué significan estas dinastías vencidas y degradadas? ¿Qué significan aquellas dinastías que queriendo ser señores, no pueden ser ciudadanos en la tierra en que han nacido? ¿Qué significa? Que ha muerto el principio hereditario; que empezó á morir cuando Gustavo de Suecia trabajaba contra Fernando II; que empezó á morir cuando se estableció la paz en Westfalia; que empezó á morir cuando habiendo caído en Rocroy la casa española, heredó el predominio de Europa la casa de Borbón y fué protegida por ésta la casa de los Estuardos.

Cayó la cabeza de Carlos I, cayó la corona de Jacobo II, y durmieron donde acaso dormirá Isabel II, que no dormirá en los panteones del Escorial, sino bajo las bóvedas de San Pedro, el panteón de las grandezas caídas.

Y bien, Sres. Diputados, no podéis establecer un principio hereditario. En primer lugar, no lo podéis

establecer, porque, prescindiendo de todos los lugares comunes sobre Atenas, sobre Roma, sobre César, sobre Alejandro, sobre Napoleón, porque las ideas no se realizan en cortos períodos de tiempo, sino que necesitan largos siglos, no podéis establecerlo. No tenéis rey, Sres. Diputados: descartad á D. Fernando de Portugal; descartad á D. Alfonso de Borbón, á no ser que alguno pensara en restaurarlo, que nadie piensa en esta Cámara, porque yo creo mucho las leales palabras, y las creo porque él las dice, del señor general Serrano, las no menos leales del general Prim, y las de todo el Gobierno, que no quiere la restauración. Imaginémosla por un momento.

Señores, no hay nada más horrible en la tierra que una restauración, porque no se puede evitar que los padres vomiten su hiel sobre la frente de sus hijos (*El Sr. Duque de la Torre pide la palabra*), y aunque el hijo sea un ángel, no se perdonan jamás las injurias hechas á nuestros padres. Esto sucedió con Luis XVIII, el rey más filósofo que hubo en la casa de Borbón; esto sucedió con la casa de los Estuardos, que volvieron después de haber padecido hasta hambre. Y, señores; qué período tan horrible, tan fatal, tan inmoral, tan espantoso: no hay nada comparable con la restauración inglesa.

Así como Orange venció á Felipe II, así como la Holanda fué el David que venció al Goliat del gran imperio austriaco, así otro Orange educado en la Holanda republicana fué á fundar el nuevo derecho

político en Inglaterra. ¿Y creéis por eso, vosotros que andáis buscando rey, creéis que se encuentra un rey, una dinastía liberal? ¿Encontraréis una dinastía liberal? El rey que acaba de recibir la corona, como la debe al pueblo, y lo recuerda, alguna vez puede ser fiel á sus vasallos y á sus pactos; nunca, absolutamente nunca lo es su hijo; él ha nacido en los palacios, se ha educado entre cortesanos, ha recibido por principio de herencia la corona, y él se cree superior á todas las legislaciones y á todos los españoles.

Pues esto ha sucedido siempre; no ha habido jamás en la Historia una dinastía, ni una sola, que haya sido fiel á su origen. Nosotros hemos tenido la dinastía de Navarra: empezó unitaria en Sancho el Mayor, y concluyó desmembrando nuestra tierra con Alonso VI. La dinastía de Borgoña empezó feudal por Alfonso VII, y concluyó antifeudal con D. Pedro el Cruel. La dinastía de Trastámara, que empezó siendo señorial con el rey Enrique II, y concluyó siendo antiseñorial con Isabel la Católica: la de Austria, que empezó con Carlos V, que era un rey civil, y concluyó con Carlos II, siendo una dinastía teocrática: la de Borbón, que empezó con Felipe V, siendo una dinastía filosófica y progresiva, y ha concluido con los últimos reyes, siendo enemigos de la filosofía, de la libertad y del progreso.

La demencia de las demencias, el error de los errores, Sres. Diputados, es aliar la monarquía con una democracia. ¿Dónde habéis visto esto? Tres genera-

les han podido hacerlo en Europa: Lafayette, Garibaldi y Espartero. ¿Conocéis algún general más grande que Lafayette, el caballero de la Edad Media que iba á redimir los pueblos á los Estados Unidos, y que venía trayendo la electricidad revolucionaria? ¿Que había abrazado á Luis Felipe el año 30 y le había dicho que aquélla era la mejor de las Repúblicas?

Y el error era tan grande, porque no estaban los republicanos tan avisados como lo estamos nosotros ahora por la experiencia. El abate Gregoire, que había dicho que la historia de los reyes era el martirologio de los pueblos, estando en su casa de Passy, y cuando se acercaba á los cien años, decía llorando: «¡Dios mío, quién me lo hubiera dicho: una república con rey!»

Efectivamente, al poco tiempo se vió lo que era una república con rey: el derecho personal, la política personal, la negación de todas las asociaciones, del derecho electoral, de toda reunión, la ruina de la libertad, la corrupción de la Francia. Y puede hoy haber en esta Cámara quien proponga, quien pueda proponer aquí una dinastía como aquélla? ¿Hay todavía quien piense, quien pueda pensar para rey de España en el duque de Montpensier? Pues qué, ¿no significa eso un gran retroceso? Señores, el duque de Montpensier, de quien yo no quiero ocuparme, porque no quiero decir nada de ninguno que esté fuera de mi patria, como de Luis Felipe, como de Guizot,

como de todos los hombres del año 30, se puede decir lo mismo: buenos padres, buenos esposos, buenos amigos, hombres incorruptibles en su vida privada; pero hombres corruptores en su vida pública. Pues qué, ¿ellos no sacaron á pública subasta los derechos electorales? Pues qué, ¿pensáis en una dinastía como la dinastía antigua, con todos sus errores, con todas sus preocupaciones, y además de esto en una dinastía extranjera? ¿La queréis? Pues no la esperéis, porque el pueblo español no se vestirá jamás con los desechos de la Francia.

Señores, el general Lafayette en el año 30, y después de los funerales del general Lamarque, murió diciendo: «¡Quién me lo hubiera dicho!» Y Thiers, ese gigante de la tribuna, decía al poco tiempo de establecerse la Monarquía de Julio: «Podíais habernos dicho que íbais á tener una política personal, porque así lo hubiéramos sabido y hubiéramos aprovechado la lección en los días de Julio.» Eso no lo dicen los reyes, dicen todo lo contrario; eso lo aprenden los pueblos, y la preven los grandes repúblicos.

Señores, ¿y Garibaldi? ¿Vosotros comprendéis que, cualquiera que sea su inteligencia política, haya ningún hombre, ningún ciudadano tan grande como Garibaldi en toda Europa? No hay moral más alta que la de aquel hombre que, habiendo tenido una corona en sus manos, la entregó á un rey, y después partió en un bajel á vivir solitario en su pequeña

isla. Cuando se ven tantas ambiciones, cuando se ven tantos deseos de gobernar, no puede menos de admirarse la conducta de aquel hombre que está olvidado en la isla de Caprera, pedestal donde todavía se levanta erguido, como si fuera una estatua de los héroes de Plutarco.

Pues bien: ¿qué había hecho Garibaldi por la dinastía de Italia? Había puesto una corona en la cabeza de un rey. ¿Qué hizo la Monarquía italiana por Garibaldi? Le puso una bala en el pie en Aspromonte, y otra bala en el corazón en el terrible día de Mentana.

Señores: Espartero había salvado á la Reina; sus brazos habían sido su cuna. Yo me acuerdo siempre de cuando en las noches de Navidad estaba en el hogar, al calor de la lumbre, acompañado de mis padres, y cuando la lluvia azotaba los cristales. me contaban aquella guerra gigante y me decían: «Bendice, hijo mío, al general Espartero, porque ha vencido la guerra y nos ha dado la paz.» Sin embargo, ¿qué hizo con Espartero la reina Doña Isabel II? Señores, no quiero recordarlo, porque está escrito con letras de sangre en la conciencia y en el corazón de todos los españoles. ¿Y creéis vosotros que el rey que venga os va á dar otro pago? ¡Ah, qué error, qué insensatez! Fernando VII nos debía la guerra de la Independencia; Isabel II nos debía la guerra civil; ¿y qué hicieron? Perseguirnos, condenarnos á muerte; levantar el cadalso á nuestros padres; llenar de hiel

el pan de nuestras madres. ¿Y creéis que un rey, por el cual no hayáis hecho nada, será con vosotros más complaciente? Os considerará como la peor de las razas, como raza de esclavos voluntarios. La monarquía no representa otra cosa, no significa otra cosa, no representará otra cosa, no significará otra cosa, dejándonos de griegos y romanos, del 18 Brumario y del polvo de los Gracos que citaba el Sr. Mata; la monarquía no representa otra cosa más que la carta que el pueblo español se da á sí mismo de incapaz de gobernarse por medio de sus grandes hombres.

La monarquía no significa otra cosa, no representa otra cosa, sino que la nación del 2 de Mayo ha descendido hasta la categoría de Grecia y Rumanía. Pues qué, ¿no puede gobernarnos el general Serrano, ó el general Prim, ó el Sr. Ríos Rosas, ó el Sr. Rivero? ¿No tenemos aquí hombres de Estado? ¿No sabe obedecer este pueblo? ¿No puede vivir por sí misma esta sociedad? ¿Para qué necesitamos un rey extranjero? Notadlo bien: el rubor se sube á la frente de todos cuando se habla de reyes extranjeros. Notadlo, y no queráis de ninguna suerte oponeros al sentimiento de este pueblo, porque contra el sentimiento de este pueblo no se puede fundar nada. Yo fundaría la república como la he predicado; pero si vosotros, hombres de Estado; al señor general Serrano se lo dije un día y lo recordará, y al señor general Prim también se lo dije y lo tendrá presente, porque aquí no tenemos secretos de Estado, somos hombres libres y ha-

blamos al airé libre; si vosotros, hombres de Estado, creéis que ahora no se puede fundar la república tal como debe ser, dadnos una república conservadora en que vosotros dominéis, en que vosotros mandéis. Yo os digo, yo os declaro que tenemos un grave defecto nosotros para mandar, el defecto de vivir en el seno de las ideas, en el seno de la filosofía; el de estar en las cátedras, en los ateneos, en las academias, y somos un poco utópicos, lo confieso; pero, señores, nada más que un poco. Mas aquí la república es la necesidad del momento. Ya que habéis arrojado una dinastía, sed ciudadanos, sed republicanos, y si no, cread un poder, de cualquiera manera que sea, fuerte, enérgico, donde los elementos revolucionarios estén reconcentrados, que pueda impulsar la máquina de esta sociedad y defienda al mismo tiempo todas las libertades contra los abusos de arriba y los de abajo; y creedme, si nos ahuyentáis esa sombra de rey, si nos ahuyentáis esa sombra de restauración monárquica, estaremos satisfechos por el momento, hasta que la situación de Europa cambie, ó que la educación política del pueblo sea mayor, merced á las instituciones liberales, y os prestaremos nuestro apoyo.

Nosotros no queremos el poder, no lo necesitamos; yo, en particular, jamás me he figurado en mis sueños que iba á ocupar el banco ministerial. Yo tengo mi elección hecha. Yo pertenezco á la agora de Atenas, yo pertenezco al foro romano. Yo he luchado en

Holanda contra Felipe II, he vivido en medio del arte en las ciudades italianas, he razonado con Washington y he asistido en espíritu á la Convención: vosotros seréis cortesanos, pero no me quitaréis jamás mi culto á la república. He dicho.